

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Por el camino de Juan Pablo II

ME he quedado pensando en cuál será el origen más profundo de la adhesión y simpatía generalizadas que despierta Monseñor Fresno, sentimientos que han aflorado de modo tan espontáneo con su nombramiento como Cardenal de la Iglesia Católica.

Sin duda, fluyen como evidencias inmediatas su bondad cautivante, su espíritu pastoral inconfundible y su permanente propósito de servir como puente de unidad entre los chilenos, en general, y entre los católicos, en particular.

Todo eso se percibe con la fuerza de un testimonio que trasunta una vida entera consagrada a Dios. Con aquel sello que la oración y la vida sobrenatural cultivadas con asiduidad, marcan en las almas de quienes ahondan en sus misterios.

Sin embargo, a todo ello —que inquestionablemente es lo más importante— se añade otro ángulo de la personalidad de Monseñor Fresno que también atrae de modo singular.

El tema de la intervención de la jerarquía eclesiástica y del clero en la vida política nacional, ha constituido motivo de permanentes fricciones a lo largo de nuestra historia. De ella han surgido tanto estímulos para actitudes laicistas anticlericales, como



encontradas divisiones entre los propios católicos.

Creo que gran parte de esos problemas han provenido de una errónea explicación por muchos eclesiásticos de lo que debe ser el papel de la Iglesia en lo temporal, a la luz de las enseñanzas de su propio Magisterio.

La doctrina de la Iglesia siempre ha reivindicado el derecho y deber de ésta para iluminar todo el quehacer humano con el mensaje evangélico.

“Monseñor Fresno impacta como un Pastor que evangeliza todo lo humano, reconviniendo lo que su Magisterio lo obliga a reconvenir, pero sin abanderizamientos ni compromisos políticos...”

Más aún, invariablemente ha sostenido que cualquier aspecto —personal o social— en que estén comprometidas la fe, la moral o las costumbres, cae en la órbita del Magisterio eclesiástico, al cual los católicos debemos someternos en conciencia.

Resulta evidente que el ámbito de esas materias, por su naturaleza, es de orden prudencial y no admite delimitaciones de exactitud matemática. Y es la propia jerarquía eclesiástica la que tiene la misión de establecerlas.

LO que ocurre es que Chile ha vivido muchas veces la confusa y confundidora experiencia de obispos y sacerdotes que, a pretexto de lo anterior, no han fijado límite alguno al ámbito o naturaleza de sus incursiones en el plano temporal. O bien que han expuesto públicamente sus personales opciones políticas,

más allá de lo que cualquier prudencia hubiese aconsejado y sin hacer salvedad alguna de que con ellas no pretendían ejercer el magisterio eclesiástico.

Todo ello se ha traducido en que muchos católicos —de diversas orientaciones según los casos y las épocas— nos hemos visto violentados en nuestra libertad de conciencia para asumir posturas discrepantes de nuestros pastores, en materias en las que la doctrina de la Iglesia reconoce a sus miembros el libre derecho a optar entre múltiples alternativas compatibles con su contenido.

Lo anterior también ha acarreado que el mensaje de la Iglesia haya sido mellarse en su justa y necesaria influencia social, al ser percibido políticamente abanderizado.

LA actitud de Monseñor Fresno ha seguido derroteros muy diversos a lo expuesto, plasmando la verdadera imagen de un Pastor que lo es de todos y que evangeliza toda la vida humana, reconviniendo lo que su magisterio le obliga a reconvenir, pero sin adoptar compromisos políticos que excedan su recto ejercicio.

Al hacerlo, siguiendo la huella del Papa Juan Pablo II, el nuevo Cardenal chileno ha demostrado, además, que ese camino es capaz de suscitar un influjo espiritual y moral incomparablemente más extendido y penetrante que la senda inversa.

La Seg. 26-IV-85